

España, un proyecto en común

PEDRO LÓPEZ JIMÉNEZ *

“España pierde” es el lacónico resumen en caliente, ante los resultados del pasado 3 de marzo de la prestigiosa revista The Economist. En subtítulo “Un resultado no decisivo ... conlleva el riesgo de un gobierno débil y el retraso de reformas imprescindibles”.

El artículo comenta los aspectos evidentes de la situación, en términos similares a los infinitos análisis diarios de los medios de comunicación y termina con una interpretación negativa. Los resultados obtenidos por Felipe González “tras un mandato que termina con un

23% de paro y con su Gobierno enfangado en corrupción” reflejan que el corazón de España late, todavía, un poco a la izquierda del centro; con mayor gravedad, se pregunta si quizás, a pesar del ascenso de las clases medias urbanas, España sigue siendo un país de dos colectividades distintas. Finalmente extrae tres conclusiones: el nuevo gobierno será débil; las reformas radicales necesarias se pospondrán: y España perderá su oportunidad de convertirse en un país competitivo en la Europa del siglo XXI. Resumen: “Nada bueno.”

« Depositarios de la verdad absoluta descalifican a un tercio del país por avalar la corrupción; o bien consideran que la "derecha" ha tocado techo y que buena parte de sus votantes saldrá pronto de su error y retornará al "progresismo".»



El pesimismo de tal análisis produce rechazo; se siente la tentación de comparar nuestra evolución con la del Reino Unido y surge el intenso deseo de que los hechos posteriores reduzcan esta interpretación a la clásica caricatura sobre opiniones de economistas: información bastante acertada pero que no sirve para nada.

También abundan en España las interpretaciones pesimistas. El descalabro de los encuestadores ha producido un desconcierto general. Entre las opiniones que resaltan las dificultades para encauzar positivamente el resultado electoral emergen algunas disparatadas que tratan en tono peyorativo millones de votos de distinto signo. Depositarios de la verdad absoluta descalifican a un tercio del país por avalar la corrupción; o bien consideran que la "derecha" ha tocado techo y que buena parte de sus votantes saldrá pronto de su error y retornará al "progresismo". Interpretaciones que, coincidentes en negar la sensatez de los votantes, suelen conducir a expresiones catastrofistas. Este país no tiene arreglo. No encontraremos soluciones. Nuestra política se italianiza. Se diría que este fin de siglo presenta para España, una vez más, un panorama desolador.

Los siglos son simplemente una unidad de tiempo convencional, como otra cualquiera. Sin embargo, por un extraño azar, la historia de España ha presentado precisamente en los fines de siglo puntos singulares, en general con signo negativo.

El fin del siglo XV fue de plenitud. Conseguido en 1492 el viejo sueño de reconstrucción de la Hispania romana y visigótica, calificado

«Fin del siglo XVIII. España va a ser de nuevo campo de batalla de potencias europeas. Mientras Wellington se entrena para Waterloo, España se desangra entre guerra de guerrillas y guerra civil. Desde Cádiz se marca un hito en la historia constitucional, pero tras la guerra no comienza otra reconstrucción sino un negro túnel de veinte años.»

frecuentemente con ligereza como nacimiento del Estado español, en el umbral de la conquista del Nuevo Mundo y la apuesta por la hegemonía europea, había en el tejido social suficientes dosis de democracia, cultura e industria como para que periódicamente se haya vuelto la vista atrás con nostalgia hacia la España de los Reyes Católicos.

1598. España está en su cémit. Salazar de

Mendoza describe la muerte de Felipe II llena de oscuros presagios, rodeada incluso de manifestaciones anormales de las fuerzas de la naturaleza. La fachada del Imperio se agrietaba. Inglaterra, la imprevisión y los temporales habían aniquilado la marina española; el oro americano había destruido la industria nacional; años atrás los nobles flamencos amigos del Emperador habían encabezado una rebelión indomable. Los grupos dirigentes españoles, acostumbrados a comparar el Imperio español con el romano, veían por todas partes los síntomas de "declinación". El Quijote cervantino y el ingenio amargo de Quevedo reflejan, en medio de una explosión cultural deslumbrante, la quiebra del sueño imposible del Imperio Universal.

1700, España en almoneda. El enfrentamiento entre Habsburgos y Borbones por la Corona española, convierte la península en campo de batalla europeo durante quince años. Perdidos jirones de su Imperio, España inicia su reconstrucción en el Siglo de las Luces, pero arrastra

cicatrices peninsulares que volverán a abrirse en el futuro.

Fin del siglo XVIII. España va a ser de nuevo campo de batalla de potencias europeas. Mientras Wellington se entrena para Waterloo, España se desangra entre guerra de guerrillas y guerra civil. Desde Cádiz se marca un hito en la historia constitucional, pero tras la guerra no comienza otra reconstrucción sino un negro túnel de veinte años.

1898. El año del desastre. Acaba un siglo iniciado con la guerra de la Independencia, marcado por dos guerras civiles y una revolución, que sólo en sus últimos veinticinco años muestra un equilibrio constructivo. España, país temido después de ser temible y odiado ya sin merecerlo, que dijo Fichte, se estrella contra la aparición de Estados Unidos en la escena mundial. La literatura del desastre, Costa y la Generación del 98 dan forma a un pesimismo histórico, sumido en morbosa introspección sobre el carácter español. Las dos Españas, que ofrecen interpretaciones opuestas sobre el ser español y su historia, llegan al enfrentamiento fraticida que domina la trágica primera mitad de nuestro siglo.

Terribles fines de siglo. Guerras y destrucción en 1700 y 1808. Trescientos años exactos después del céñit, el telón cae en 1898 sobre los restos de Ultramar. En el reflujo del desastre la nación española parece en riesgo de desgarramiento por los nacionalismos periféricos. Época Darwinista en política internacional, el Premier inglés Lord Salisbury se permitió dejar entender que España era una nación moribunda destinada a caer en manos de los pueblos "vigorosos". Poco faltó

para que alguien entonara un "Delenda est Hispanae natio".

Una nación se basa en "un proyecto sugestivo de vida en común. Porque las gentes no conviven para estar juntos, sino para hacer juntos algo, ... Las naciones viven de tener un programa para el mañana". Las ideas de Ortega coinciden con la frase utilizada en USA; "A com-mon sense of purpose".

1848 marca un hito, de los nacionalismos burgueses en Europa. Los historiadores comienzan a cambiar la historia de las monarquías por la historia de los pueblos. Las historias nacionales proliferan, tanto las de los Estados-nación en estadio histórico ascendente o estable como las de los pueblos-nación en busca de su estado propio. Todos buscan raíces de raza, religión, lengua y cultura en distintas mezclas, reforzando y a veces deformando el pasado en apoyo de las tesis mantenidas. Las historias utilizadas en la enseñanza difunden las ideologías nacionalistas, justificándolas en la historia y alimentando los sentimientos. El romanticismo contribuye a cubrir con un brillo épico los acontecimientos pasados. Pero, sobre todo, los nacionalismos coinciden en ser un proyecto de vida en común orientado hacia el futuro. En las historias, por tanto, se busca en el pasado la justificación del futuro perseguido.

« Una nación se basa en "un proyecto sugestivo de vida en común. Porque las gentes no conviven para estar juntos, sino para hacer juntos algo,... Las naciones viven de tener un programa para el mañana". Las ideas de Ortega coinciden con la frase utilizada en USA; "A common sense of purpose".»

España es una excepción a la regla general. En primer lugar, su historia se escribe, en la segunda mitad del siglo XVIII y primera mitad del XIX, fundamentalmente por extranjeros. Desde la magna obra del Padre Mariana

de principios del siglo XVII hasta la Historia General de España de Modesto Lafuente en 1850, son los extranjeros Duchesne, Buffier, Weiss, Romey, Lembke, Bossi, Dunham, Bigland, Robertson, Prescott, etc., los que escriben nuestra historia. Jovellanos, en su plan de estudios, había tenido que decir que "en tanto no haya una mejor, debe usarse la de Duchesne". Se presentan algunas excepciones pero Farreras construye realmente una base documental, Masdeu no sobrepasa con su historia crítica la época visigótica y Ortiz y Sanz no presenta interpretaciones originales. Poco después, Alcalá Galiano traduce a Dunham y Martínez de la Rosa se muestra incapaz de diseñar un proyecto de Historia General de España. Modesto Lafuente, personaje de inmensa popularidad por sus publicaciones castizas, parece que aborda su obra monumental empujado, en parte, por la notable carencia de historia nacional. En el mismo sentido se pronuncia apasionadamente, en 1854, el joven Cánovas del Castillo. Cánovas, que escribe atropelladamente su Historia de la decadencia española que ha de rectificar en sus posteriores trabajos históricos, dice en su prólogo: "ante todo hemos querido hacer un libro español y para España, que era lo que hacía falta".

Lafuente escribe una historia de España rigurosa con los hechos, de enorme erudición, con ideas liberales "templadas", respetuosa con las instituciones, emocionada con las glorias del pasado, romántica... y sin ninguna proyección de futuro. Su relato termina con el fin del reinado de Fernando VII, siendo completado posteriormente por Juan Valera hasta la muerte de Alfonso XII. El pueblo español descrito por Lafuente tiene sus grandes realizaciones en el pasado.

«Lafuente escribe una historia de España rigurosa con los hechos, de enorme erudición, con ideas liberales "templadas", respetuosa con las instituciones, emocionada con las glorias del pasado, romántica... y sin ninguna proyección de futuro.»

En la experiencia vital de Lafuente, España es un país débil que en la guerra de la Independencia sólo derrota al ejército francés en campo abierto en Bailén; que saca energías de la desesperación en Gerona y Zaragoza, nuevas Numancias; y que desenterra el individualismo de Viriato en las guerrillas que debilitan al ejército francés en su lucha con los ingleses. Parece que el pueblo español hubiese quemado sus últimas energías en mantener su independencia. Respecto al reinado de Fernando VII, Lafuente es claro en su final: "Nosotros, que hemos hecho con repugnancia y sólo por necesidad la historia de este reinado; nosotros que le hemos analizado y juzgado con severa imparcialidad haciendo violencia a las inclinaciones y sentimientos de nuestro corazón, no diremos una palabra más". Sólo queda confiar en la Providencia, forma en que, prácticamente, termina Lafuente su Historia General.

A través de Lafuente y sus colegas coetáneos, Cavanilles, Aldama, Ortiz de la Vega, Gebhart o Zamora y Caballero, resulta imposible encontrar la base para el futuro de España. Se diría que España había perdido su "élan vital", e incluso su razón de ser más allá del recuerdo del pasado. Nada nuevo, por otra parte, aparece en la Restauración ni siquiera con el gran proyecto inacabado de Historia por la Real Academia dirigido por el propio Cánovas. Los historiadores siguen la línea Lafuente, con excepciones marginales ligadas a la Revolución del 68 y el torbellino del sexenio. La Restauración, positiva en tantos aspectos, es un régimen a la defensiva; en política interior, "statu quo" a ultranza; en política exterior, "recogimiento". En el proceso de restañar las heridas, prudencia pesimista. Cánovas manda pero no lidera. "Español es el que no puede

ser otra cosa", se dice que susurró al oído de Alonso Martínez redactando la Constitución del 76. Cuando Cánovas habla da frío, cuando escribe espanta, llegó a decir su lugarteniente Silvela. España curaba las heridas del pasado, pero no se preparaba para el futuro. La falta de visión de futuro convirtió los cambios en catástrofes. En el exterior la colisión previsible con Estados Unidos produjo el Desastre. En política interior no se supo integrar a los nacionalismos periféricos. En la sociedad no se canalizó el movimiento obrero emergente. España sin pulso, dijo Silvela tras el Desastre; España invertebrada, para Ortega.

España, carente de un proyecto de futuro, de un proyecto común, fue progresivamente incapaz de soportarse a sí misma, de mantener simplemente la convivencia. Las tensiones acumuladas hicieron que la explosión del 36 fuera acogida por muchos, en ambos bandos, con sensación de liberación, de que al fin los problemas se iban a resolver de una vez por todas. La tragedia, naturalmente, no resolvió nada. Cuarenta años después, los españoles reemprendimos la búsqueda de nuestro destino compartiendo, al menos, una idea simple: ¡Nunca más!

Los veinte años de Monarquía parlamentaria han sido celebrados de forma confusa, como si la generosidad de todos durante la transición, base del consenso constitucional, hubiese disminuido al recordarla. Por un momento pareció que se iba a organizar en cualquier tertulia en televisión un ranking de méritos contraídos. Curiosamente el tema pareció acabar porque lo más "in" resultó ser el decir que el protagonista fue el pueblo español. O sea que Napoleón fue producto puro de la Revolución Francesa y que,

«Los veinte años de Monarquía parlamentaria han sido celebrados de forma confusa, como si la generosidad de todos durante la transición, base del consenso constitucional, hubiese disminuido al recordarla.»

para algunos, resultará más fácil perdonar a Lenin por no haber dejado dicho que, cuando llegara un tal Gorbachov a pedir el carnet del partido, no se lo dieran.

Sin entrar en el tema, interesa resaltar algunas actuaciones clave respecto a la inicial posibilidad y posterior realidad de la convivencia de los españoles en la Monarquía parlamentaria actual.

Parece evidente que la transición termina con la Constitución del 78, al menos como proceso de paso de un régimen a otro, en difícil funambulismo político y a veces bizantinismo conceptual. Adolfo Suárez lideró el consenso; supo plantearlo, argumentarlo y conseguirlo. Cuando cayó, víctima del "desencanto", el suelo se estaba moviendo porque unos y otros, a un lado y a otro del centro, para decirlo sin molestar, querían jugar enfrentados en el nuevo terreno de juego. El paso de Adolfo Suárez por el poder produjo, además, una reforma profunda del marco jurídico, en todo lo esencial, y una práctica tolerante de ejercicio del poder, unánimemente reconocidas, a posteriori, como modélicas.

El breve paso por el poder de Calvo Sotelo fue transcendental. La entrada en la OTAN posibilitó la entrada en la Comunidad Europea. La Loapa temporizó conflictos al periodificar las citas electorales. El Ane demostró que se podía prescindir de CCOO, sin que saltase el país por los aires, si se ponían tercos en bloquear los pactos de los demás. La renuncia de Calvo Sotelo a acudir a las urnas en el primer momento, en plena resaca del 23-F, le hizo perder sus escasas bazas positivas. De manera que, al hacer lo que el país necesitaba, se

achicharró políticamente en año y medio. Calvo Sotelo, tratado con notoria injusticia, merecería el comentario, parafraseando, de que nunca tan pocos hicieron tanto, en tan poco tiempo.

Cuando Felipe González llega al poder con la oleada del cambio en el 82, va a gobernar un país distinto al que recogió Adolfo Suárez. La pasada por el centro, del gobierno de tolerancia y búsqueda del consenso, había dejado España irreconocible.

Afortunadamente Felipe González, y el Alfonso Guerra de verdad, no venían a dar la pasada por la izquierda, sino a modernizar la izquierda y llevarla a posiciones generalmente aceptables para los españoles no socialistas. Antes de llegar al poder, Felipe González había desmarcado al PSOE del marxismo y su lema del cambio se presentaba arropado en regeneracionismo azañista. Pero Azaña y su regeneracionismo, teñido de sectarismos, habían acabado muy mal.

Felipe González encontró roto el nudo gordiano y abiertas la mayoría de las puertas. Pero debía practicar la convivencia y reconducir la izquierda. Si Adolfo Suárez merece crédito por la transición, Felipe González lo merece por contribuir desde la izquierda a enterrar dogmas inservibles y dilemas absurdos. A pesar del "protagonismo del pueblo", hay que apuntar en el haber de Felipe González su parte. A la altura del 96, la democracia española goza de excelente salud porque además de la base jurídica acertada, han ido desapareciendo los enfrentamiento ideológicos existenciales dando paso a una competencia política moderna sobre temas concretos y, generalmente, en términos moderados. Felipe González, conduciendo a la izquierda a ese terreno ha

realizado una labor histórica. A partir de ahí se puede hacer toda la crítica que se quiera de su labor de Gobierno tanto por sus hechos y sus consecuencias como por los gustos del crítico.

José M.^a Aznar llega a la victoria electoral de marzo del 96 tras una trayectoria política extraordinariamente eficaz. En 1989 se hizo cargo de un partido a la deriva, desnortado, refundado, acostumbrado a las derrotas y lleno de individualidades con aspiraciones. El techo electoral no era maldición del destino sino consecuencia del postulado de que la derecha española era la mayoría natural; afirmación ligeramente menos errónea que la negación de la ley de la gravedad.

A lo largo de pocos años ha conseguido organizar el partido, descargarlo de lastre histórico, disciplinarlo, reorientarlo en sus programas, y llevarlo a ganar tres elecciones consecutivas, europeas, autonómicas y generales. Todo el proceso lo ha desarrollado contra pronóstico, de tal forma que se diría que el único factor que ha tenido a su favor ha sido la persistente sub-valoración de que ha sido objeto.

Es opinión generalizada que su insuficiente victoria electoral le coloca en una difícil situación. Entre los ríos de tinta que describen cada día los tiras y aflojas, fintas y estocadas de la negociación de un acuerdo que a ratos parece lo más lógico del mundo y a ratos la cuadratura del círculo, se puede seleccionar lo que dice la revista TIME de 18 de marzo. Obligada, como siempre, a resumir cualquier problema complejo en dos columnas, TIME dice:

«Felipe González había desmarcado al PSOE del marxismo y su lema del cambio se presentaba arropado en regeneracionismo azañista. Pero Azaña y su regeneracionismo, teñido de sectarismos, habían acabado muy mal.»

"Los conservadores acaban 13 años de poder socialista pero el número insuficiente de escaños en Las Cortes, les ha dejado mendigando... Para

gobernar, Aznar necesita el apoyo de uno o más pequeños partidos regionales. Esto coloca al Presidente catalán, Jordi Pujol, en la misma posición de arbitro que ha jugado con los socialistas desde 1993. Pujol... comparte posiciones con los conservadores en política económica... pero hay serios obstáculos a su cooperación. Mientras CIU favorece más autonomía para Cataluña y otras regiones, *los puntos de vista centralistas* de Aznar le harán difícil girar su política en esa dirección. Pujol... demanda reconocimiento de que España es un "estado multinacional y multicultural" ...El dilema de Aznar es que debe *ceder terreno a los catalanes sin provocar la ira de los nacionalistas de sus propias filas.*"

La simplicidad del resumen a veces lleva al punto clave. TIME da en la diana. Por supuesto daría igual que Aznar fuera centralista que el hecho de que lo parezca. Tampoco le debe hacer gracia a Pujol lo de CIU como pequeño partido regional.

Pocas veces se van a presentar juntas, no en líneas paralelas, sino en confusas curvas entremezcladas la política de Estado y la pequeña política como en la encrucijada en que se encuentra Aznar.

Encontrar la solución demostrará entender a Cataluña, a los catalanes y a los políticos catalanes. La discusión política de intereses concretos hace que un político catalán, pueda mostrar su parte fenicia; pero creer que eso es todo es desconocer el fondo de sensibilidad apasionada para lo esencial. En su momento Adolfo Suárez tuvo una intuición certera y llamó a Tarradellas. Pero si es verdad, como cuentan, que terminó pensando que podía haber "pagado

«A lo largo de pocos años ha conseguido organizar el partido, descargarlo de lastre histórico, disciplinarlo, reorientarlo en sus programas, y llevarlo a ganar tres elecciones consecutivas, europeas, autonómicas y generales.»

"menos" significa que no se había enterado bien. Tarradellas, personaje complejo y de trayectoria aún más compleja, ya le dio una lección al salir de su primera reunión fracasada diciendo a los periodistas que todo iba muy bien, lo que permitió continuar hasta el acuerdo. Al final, cuando Tarradellas gritó en el balcón de la plaza de San Jaime "Ja soc aquí", consiguió recuperar con un solo gesto la dignidad de la Cataluña republicana derrotada en la tragedia del 36; el resto serían detalles para la política normal.

Felipe González empezó mal en el 83, creyendo que los socialistas ganarían votos en Cataluña agrediendo a Pujol. El tiempo no ha pasado en balde y cuando ahora habla de su creciente aprecio por el Catalanismo político toca hábilmente una fibra muy sensible.

Pujol usa frecuentemente la hermosa expresión de "fer país" para definir su labor de gobierno en Cataluña. No ayudan quienes lo presentan como si fuera un mercader que vende votos a los que hay que fijar precio. En el proceso de búsqueda del acuerdo necesario debe sentirse tratado como miembro de la "germanor" que decía Maragall. Miembro al que, desde el respeto a sus hechos diferenciales, su lengua (...nación por el habla se conoce, Nebrija dixit) y su cultura (que es parte esencial de la española), se quiere incorporar a completar el proyecto español en común hacia el futuro, a "Fer Espanya", como mejor garantía de estabilidad y futuro del conjunto español. El problema no es cuantitativo, aunque puede parecerlo, y tenga aspectos cuantitativos, sino cualitativo. Porque si se quiere reforzar España hay que decir en toda ella que el que no ama a

Cataluña no puede alardear de nacionalista español.

El papel en la transición de Felipe González, Carrillo o Tarradellas, entre tantos, fue muy importante, pero el liderazgo fue de Adolfo Suárez, quien, a priori, parecía a muchos poco predestinado. En esta etapa Aznar debe y puede liderar un proyecto español en común hacia el futuro.

Hay que volver nuevamente a la historia. España es una nación de naciones, como explica, entre otros, el insigne creador del término José M.^a Jover. No hay contraposición entre la nación española y las naciones que contiene, sino complemento en la diversidad. La nación común *avanzará* si suma los esfuerzos de las naciones integradas, no si los bloquea. Si la promoción del catalán en Cataluña se trata como un drama, en Cataluña se llamará castellano a lo que en todo el mundo se llama español; si la figura del Gobernador Civil, contingente y desfasada, se defiende como si fuera de derecho divino, Cataluña cuestionará la sensatez de los guardianes de tales esencias de la nación común. "Vascos Sí, ETA No" fue un buen resultado de la manifestación antiterrorista de febrero pasado en Madrid. Se mira de reojo a parlamentarios canarios que "quieren cosas", como si no fuera digna de atención muy especial esa parte de España situada a miles de kilómetros. Es posible que haya gente que quiera ir a aprender con Ibarra en Extremadura; parece más inteligente aprender con Pujol en Cataluña. Ante el dilema maldito de tener en España una legislación laboral perfecta que cada vez condena más jóvenes al paro. ¿No sería una solución dejar que flexibilice su aplicación cada comunidad autónoma?

«Al final, cuando Tarradellas gritó en el balcón de la plaza de San Jaime "Ja soc aquí", consiguió recuperar con un solo gesto la dignidad de la Cataluña republicana derrotada en la tragedia del 36; el resto serían detalles para la política normal.»

La España de hoy se encuentra en un momento de esplendor, en términos históricos. Después de tanto final de siglo desgraciado, en éste no tenemos problemas radicalmente distintos de los que tienen los países más avanzados de Europa ni que no podamos resolver con nuestro esfuerzo. Estamos en condiciones de construir un auténtico proyecto común de la nación española, sumando y compartiendo las aspiraciones de las naciones que componen España. Más de las cuatro quintas partes del pueblo español están de acuerdo en casi todo lo esencial. Entre unos y otros, al cabo de veinte años, en España, han desaparecido los dilemas existenciales clericalismo-anticlericalismo, militarismo-antimilitarismo, patrón-obrero, occidentalismo-tercermundismo, centralismo-federalismo y por supuesto Monarquía-República. Los españoles quieren vivir en libertad y en democracia con una Monarquía parlamentaria; convivir en paz sin la tortura terrorista; tener un Estado autonómico, no confesional pero respetuoso con las creencias no practicadas de la mayoría y que tenga unas Fuerzas Armadas apolíticas y profesionales; conseguir una participación activa en la construcción europea, incluso realizando duros esfuerzos en orden a objetivos discutibles de unión monetaria a plazo; mantener una relación especial con Iberoamérica; y prosperar con una economía de mercado en progresiva liberalización y con un sistema de protección social suficiente que nos acerque al nivel de vida de los socios avanzados europeos. No hay en la Unión Europea otro país con mayor grado de coincidencia en lo esencial. Al fin, podemos analizar nuestra historia con objetividad y sin complejos.

El único área borrosa del panorama es el desarrollo autonómico. Aznar saldrá de la encrucijada poniéndose a la cabeza del salto adelante que España necesita y consiguiendo la participación ilusionada de catalanes y vascos en el proyecto común. Si el funcionariado ha crecido en la última década ha sido sobre todo porque el Gobierno de Felipe González en lugar de construir el Estado de las Autonomías, muchas veces parecía querer construir dos a la vez, el autonómico y el neocentralista reforzado. Aznar no necesita los consejos negociadores que con paternalismo maquiavélico le da Felipe González, sino estar preparado para reírse cuando Felipe González le acuse de vendepatrias por ceder cualquier servicio de estudios de alguna Dirección General. A fin de cuentas el tema de la ventanilla única fue iniciado por Fraga. Confundir la fortaleza del estado con el tamaño de la Administración Central, siempre será una tendencia más propia del socialismo, inevitablemente estatalista, que de un centro derecha moderno.

Naturalmente, Aznar debe continuar su labor de reconducción de su partido y su electorado. Pero los políticos no pueden ser ni cínicos que olviden sus compromisos ni

«La España de hoy se encuentra en un momento de esplendor, en términos históricos. Después de tanto final de siglo desgraciado, en éste no tenemos problemas radicalmente distintos de los que tienen los países más avanzados de Europa ni que no podamos resolver con nuestro esfuerzo.»

esclavos irresponsables de sus opiniones previas ante procesos cambiantes. De Gaulle no fue llamado al poder para dar la independencia a Argelia, ni Felipe González fue votado para seguir en la OTAN. Gladstone decía que, puesto que le seguían, les conduciría a donde querían ir; pero Gladstone, un estadista, era el que sabía adonde querían ir.

Dado el escenario actual, es posible conseguir que TIME en el año 2000 publique en su estilo resumen: "Amplia victoria de los conservadores en España... El carismático líder del centro-derecha español, José M.^a Aznar, ha alcanzado la mayoría absoluta en las elecciones... sin embargo, ha anunciado su intención de continuar en coalición con CIU, PNV y CC. La coalición, con 208 escaños, prácticamente dos tercios de la Cámara, pretende abordar una nueva tanda de reformas estructurales". Si TIME llegara a decirlo, viviríamos en una España más fuerte y con mayor esperanza en el futuro.

En tal caso, es posible también, que meses antes, TIME destine un artículo de fondo a la incorporación a la Secretaría General de las Naciones Unidas de Felipe González, ex-presidente del Gobierno español y presidente de la Internacional Socialista.